

## Juan Pablo II: El fracaso de un intento ecuménico

**E**l Papa Wojtyła, el polaco de rito latino, se ha dado el abrazo de paz con el patriarca ortodoxo de Constantinopla Dimítrios I, igual que Pablo VI hizo con Atenágoras I en 1967, aunque entonces con bastante menos habilidad. En aquella ocasión, Montini irritó a los turcos con sus gestos religiosos inoportunos, cosa en la que es difícil que caiga Juan Pablo II.

La católica Polonia está dividida en dos ritos: el latino y el oriental. La mayoría de los sacerdotes católicos se encuentran religiosamente dentro de la tradición occidental, y solamente unos pocos están organizados eclesiásticamente como los católicos orientales, utilizando para ello esa profusa y expresiva liturgia que asombra a los que hemos vivido las severas y legalistas formas de la latinidad.

Wojtyła es la figura latina, dentro de un mundo con fuerte mentalidad eslava. Además es el líder indudable de un pueblo profundamente religioso que, para salvarse del teutonismo luterano y del eslavismo ortodoxo, no vio cosa mejor que echarse en brazos de una tradición que no es la suya. A pesar de lo cual el resultado ha sido muy positivo para el pueblo polaco y para los católicos de ese país.

Ahora se ha dirigido este Papa hacia el mismo mundo que produce tantos recelos en el católico medio polaco, pero lo hace con sutileza diplomática, porque no ha pretendido conectar con la ortodoxia rusa, sino con la griega representada por el patriarca constantinopolitano.

Ha ido, dentro de un ambiente de previsible frialdad, a un mundo en donde casi el cien por cien es musulmán, ya que los cristianos turcos representan solamente el 0,3 por 100 de la población, y los católicos no llegan a la mitad de esta cifra.

Entre nosotros, los españoles, no ha producido ningún interés religioso esta visita. Ni tampoco entre los católicos de otros países. Y, por supuesto, la indiferencia ha sido el signo que ha marcado la nula reacción de los cristianos que están fuera de las filas de la Iglesia católica. Este viaje ha sido una especie de quierro y no puedo, como siempre que no se coge al toro por los cuernos. En un mundo con tantos y tan graves problemas es natural que este parto de los montes en torno a la unidad de los cristianos orientales y occidentales, no haya podido producir ningún efecto importante. Para que esto se hubiera producido mínimamente habría que haber sido mucho más valiente, y conectar con todos los representantes de la ortodoxia cristiana, y principalmente con los ortodoxos ru-

ses que son mayoría dentro de ella, y teniendo, además, en cuenta las dificultades que existen entre estos cristianos orientales para aceptar el liderazgo del patriarca de Constantinopla.

El católico medio no puede entender ya los "tiquismiquis" de la separación religiosa que existen entre los cristianos orientales y occidentales, cuando contempla la historia y aprecia que durante nueve siglos estuvieron unidos sin verdaderos problemas religiosos de fondo, sino solamente de preferencias personales. Creemos unos y otros en los mismos dogmas, y ellos tienen una liturgia tan católica como la latina. Lo único que nos separa más decisivamente es la figura autoritaria que fue adquiriendo el Papado, después de la separación definitiva ocurrida en el siglo XI. Figura cada vez más autocrática que fue estructurándose así por carecer del contrapeso de esta otra tradición cristiana venida de Oriente, que es, asimismo, mucho menos legalista y menos jurídicista que la Occidental.

Los cristianos orientales creen en la Virgen, aunque prefieren llamarle la "toda Santa" (la panagía) y no la "Inmaculada Concepción". Creen en un Dios Trinidad igual que los latinos; pero matizan de otra forma el jeroglífico intelectual que es para una mente sencilla el complicado mecanismo por el cual los teólogos explican la procedencia y génesis de las tres personas que componen este misterio religioso, que es específico del dogma cristiano. Y, por supuesto, no pudieron comprender nunca que el Papa Pío XII proclamase solemnemente el solo la Asunción de la Virgen al Cielo, ya que ellos piensan que ésta es una creencia piadosa que no aumenta su importancia religiosa por el hecho de que haya habido una declaración jurídico-autoritaria del Papa hace un cuarto de siglo.

En una palabra: para el hombre corriente, para el cristiano de a pie, no hay nada sustancial que nos distinga a los cristianos latinos de los orientales, salvo ese juridicismo doctrinal y práctico de la tradición religiosa que hemos vivido en Occidente, sobre todo a partir de la separación de nuestros hermanos cristianos.

Y el hombre sencillo, que no está metido en las sutiles entretelas de las polémicas eclesiásticas ancestrales, se pregunta con extrañeza: ¿a qué ha ido el Papa a Turquía?, ¿por qué se ha dirigido en un viaje cuyo significado es tan poco claro al centro de una ortodoxia religiosa que es más simbólica que real, cuando en el mundo lo que estamos esperando son gestos valientes y realistas que

de una vez terminen con estas sutiles diferencias entre cristianos?

El Papa por su misma tradición polaca, que está entre los dos fuegos cristianos separados del catolicismo, ha sido siempre poco representativo del ecumenismo decidido que se necesita hoy. Y si eso es así, todavía se ve más lejano el diálogo a fondo con otras religiones más separadas del Evangelio, como la de esa mayoría musulmana que compone los cuadros religiosos turcos. No hay que pensar que en este momento puede ir más allá el ecumenismo católico, ya que en el Oriente islámico el horno no está para bollos entre los promotores apasionados de la tradición mahometana, cuya fuerza cada vez está en aumento y no podrían comprender ningún gesto paternalista del líder de la Iglesia católica.

Por todo ello el viaje de este Papa ha sido un fracaso en el aspecto popular, y ha tenido un gran fallo de intuición y de perspectiva en el aspecto ecuménico. El propio Pontífice no ha dado tampoco muestras de estar tan seguro esta vez ni tan firme en su desbordante personalidad, como lo estuvo en sus triunfalistas viajes a Polonia, a Irlanda y a Estados Unidos. Allí sí ejerció un liderazgo popular, si bien su significado fuese ambiguo; pero aquí no podía esperar ejercerlo, ni debía por ningún concepto intentar hacerlo.

De este modo, la pregunta que brota de nuestros labios: ¿para qué este insólito viaje?, ¿es que le ha cogido gusto el Papa a estos crecientes desplazamientos que empiezan a perder su sentido?, ¿es que quería borrar Wojtyła, demasiado ingenuamente, la imagen tan poco ecuménica que dio hasta ahora ante los cristianos separados de Roma, y entre los cuales ha producido una frialdad manifiesta, a diferencia del entusiasmo popular despertado entre las masas católicas conservadoras?

Lo menos que podemos decir es que éste ha sido un viaje inútil. Y que la única conclusión positiva que puede producir en algunos católicos, cansados de la inflación religiosa ejercida por su propia Iglesia en estos últimos años, es que la figura de un Papa de finales del siglo XX debía ser más sencilla, menos triunfalista, más modesta en una palabra. Que nos convendría más un Papa en gabardina, que no un Papa lleno de capisayos, estandartes, banderas y multitudes exageradamente enfervorizadas, como parece que le gusta promover a Wojtyła.

Lo que no es tan seguro es que ésta sea la consecuencia que saque nuestro Papa, dado su afán que parece demasiado desmedido de hacer periplos espectaculares fuera de su minúscula ciudad del Vaticano. ■